

# ANTIKEYNESIANISMO Y RECESIÓN

Antonio Mora Plaza

Pretendía que este artículo fuera la segunda parte del publicado ya en Nueva Tribuna (*Otros economistas, otras visiones, otras políticas posibles*), pero los comentarios del economista Jorge Fabra al artículo me han convencido de que no debía presentar lo que sigue como una segunda parte del artículo publicado, sino con el título que lo encabeza. En efecto, la ortodoxia en el campo de la teoría es el keynesianismo y no la práctica de política económica actual, que consiste en un estúpido combate contra los déficits que nos llevan al abismo –Grecia ya está cayendo por la pendiente– porque los neoliberales que lo defienden y practican no son ni ortodoxos ni heterodoxos, sino simplemente una pandilla de acéfalos cretinos sin teoría alguna que justifiquen sus prácticas. Esta crítica, que puede parecer extrema, no es responsabilidad del economista mencionado sino del autor de este artículo. Dicho de otra forma, los neoliberales – en España, por ejemplo, los *fedea*– no tienen a su favor ningún *corpus* de conocimientos que justifiquen sus consejos ni sus prácticas políticas allí donde tienen poder para llevarlas a cabo. Se da en España y fuera de ella algo que es una constante en la historia: los que piensan no deciden y los que deciden no piensan, con el terrible agravante de que esa equivocación, esta contradicción, supone muchos millones de puestos de trabajo perdidos y millones de trabajadores en paro indeseado. Y si hay un economista donde se ha provocado esta contradicción es Keynes y el keynesianismo. Intelectualmente no es el mejor economista de su época –le superan tanto Kalecki como Sraffa en mi opinión; quizá también Schumpeter–, pero la historia ha colocado a ambos, al autor y a su obra, en la contradicción de ser los fundamentos de la Macroeconomía que se estudia en las universidades y, en cambio, ser la referencia de la que los neoliberales huyen como de la peste para sus políticas económicas. La práctica neoliberal del sólo mercado, de cuanto menos Estado mejor, de igualdad entre Ahorro e Inversión, de igualdad entre Ingresos y Gastos públicos, sólo conviene a los privilegiados, a los que no necesitarían Estado ni pagar impuestos para obtener educación y sanidad públicas gratuitas.

Sin Keynes y sin Kalecki no existiría la macroeconomía, una de las grandes construcciones intelectuales de las ciencias sociales, y no

existiría el principio de *la demanda efectiva*, su núcleo duro. Es verdad que este tiene precedentes en Malthus, Marx y Sismondi al menos. Lo de Malthus lo recoge Luigi Pasinetti en un extraordinario libro (*Growth and Income Distribution – Essays in Economic Theory*, 1974). El principio de la demanda efectiva según Malthus se da “si la producción muestra un gran exceso sobre el consumo, el móvil para acumular y producir tiene que cesar por falta de voluntad para consumir” (*Principios de Economía Política*, 1820). Keynes lo precisará diciendo que “una demanda (efectiva) insuficiente puede –y a menudo hará– que el aumento de la ocupación se detenga antes de que haya sido alcanzado el nivel de pleno empleo” (*Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, 1936, FCE, pág. 38). Esto es lo que los neoliberales no pueden ni ver, les aterroriza que la demanda pueda guiar la producción y el empleo y no al revés. El gran avance de Keynes y de Kalecki es que fueron capaces de construir una explicación global susceptible de modelización (Hansen, Kahn, Hicks) o directamente modelizada (Kalecki en *Theory of Economic Dynamics*, 1954). Un economista relevante actual por sus cargos en el FMI y aspirante al premio Nobel de Economía es Olivier Blanchard. Su libro de *Macroeconomía* se estudia hoy día en las universidades y el Sr. Blanchard no es un peligroso radical, sino que forma parte del *stablishment* del mundillo económico ortodoxo, pero dentro de la enseñanza, porque cuando llega la hora de la política, de los créditos del FMI, del Banco Mundial y de los bancos centrales, toda la ortodoxia keynesiana se olvida y se aplica la cretina creencia neoliberal contable de que la buena gobernanza ha de ser aquella de que los ingresos públicos han de igualar los gastos públicos siempre y bajo cualquier circunstancia. Blanchard recoge en la pág. 380 de su libro un modelo de raíz keynesiano con una función de consumo tal como:

$$(1) \text{ Consumo (C)} = \text{Consumo autónomo (a)} + \mathbf{b}_x(\mathbf{PIB} - \mathbf{Impuestos})$$

siendo **b** la famosa *propensión al consumo* keynesiana que establece que los consumidores (globalmente) dedican al consumo sólo un parte de su *renta disponible (PIB-Impuestos)*, por lo que **b** es siempre menor que uno. Por otra parte tenemos la identidad contable:

$$(2) \mathbf{PIB} = \text{Consumo (C)} + \text{Gasto Público (G}_p) + \text{Inversiones (I)} + \mathbf{E}_x - \mathbf{I}_m$$

siendo  $E_x$  las exportaciones e  $I_m$  las importaciones, es decir, el saldo comercial de la balanza de pagos. Se admite universalmente que las importaciones dependen del nivel de producción interior mientras que las exportaciones lo hacen del nivel de renta disponible del resto del mundo, es decir, se cumple que:

$$(3) \quad \text{Importaciones } (I_m) = c_x \text{PIB}$$

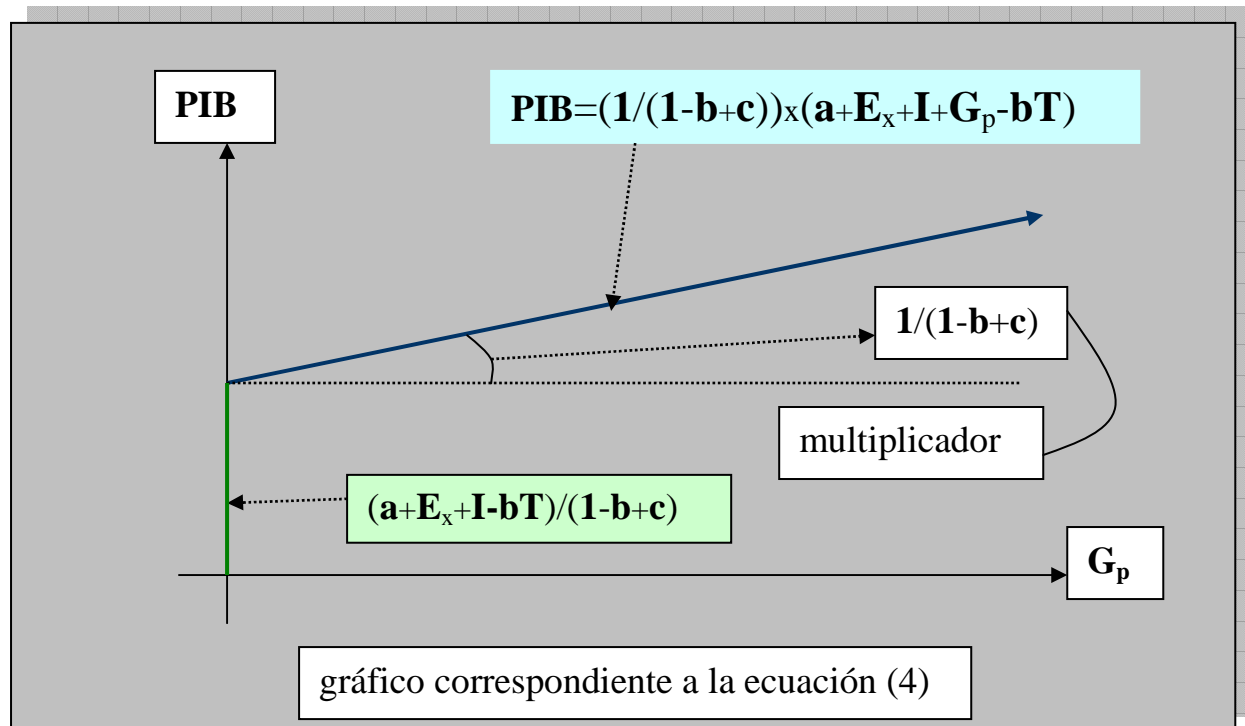
siendo  $c$  la propensión a importar. Del conjunto de las tres ecuaciones mencionadas (una identidad y dos de comportamiento) se obtiene la ecuación:

$$(4) \quad \boxed{\text{PIB} = (1/(1-b+c)) \times (a + E_x + I + G_p - bT)}$$

La ecuación (4), sea en esta versión o en otras más complicadas donde intervienen los tipos de interés, es la que trae de cabeza a los neoliberales porque demuestra que un aumento del gasto público puede tener un efecto multiplicador sobre el **PIB**, dado que el coeficiente que antecede al sumatorio  $(a + E_x + I + G_p - bT)$ , que es  $1/(1-b+c)$ , puede ser del orden de varias veces el gasto, siendo ¡mayor cuanto mayor sea la propensión  $b$  al consumo! y menor cuanto mayor sea la propensión a importar  $c$ . Es decir, la propensión a consumir keynesiana sin detenerse en el ahorro es muy saludable para aumentar los niveles de producción (**PIB**) y, por ende, de empleo. Por ejemplo, en una economía como la española, si los ciudadanos dedican un 60% a los bienes y servicios del país al consumo y tienen una propensión a importar de un 30% sobre su **PIB**, la relación  $1/(1-b+c)$  se convierte en  $1/(1-0,6+0,3)=1,42$ , es decir, por cada 10.000 millones de euros de aumento del gasto público –es un ejemplo– se obtienen ¡14.200 millones de aumento del PIB! La razón económica de ello es que los aumentos de gastos hacen aumentar el **PIB** directamente en la misma cantidad en un primer momento, pero este aumento del **PIB** tiene el efecto de aumentar el **Consumo** (ecuación (1)) en la etapa siguiente, lo que provoca un aumento a su vez del **PIB**, aunque menor que en la etapa anterior porque no todo el aumento del **PIB** se traslada al **Consumo** (sólo la propensión a consumir  $b$  que, recordémoslo, es menor que uno). Este proceso se repite de forma indefinida, superponiéndose otros aumentos de gasto público, así como los aumentos del consumo autónomo ( $a$ ), las inversiones privadas ( $I$ ) y las exportaciones ( $E_x$ ). Dirán los críticos que este aumento del Gasto Público ( $G_p$ ) hay que financiarlo con los

Impuestos (**T**) y que tarde o temprano ambos –gastos e impuestos– deben igualarse. Bien, hagamos que se cumpla el principio neoliberal de que el gasto público ha de ser igual a los impuestos bajo cualquier circunstancia, es decir, que  $G_p = T$ . Si reemplazamos esta igualdad en (4) obtenemos que:

$$(5) \quad \mathbf{PIB} = (1/(1-b+c)) \times (a + E_x + I + (1-b)G_p)$$



$$(6) \quad \text{aumento del PIB} = ((1-b)/(1-b+c)) \times \text{aumento del } G_p$$

Por ejemplo, con los datos anteriores, ante un aumento de 10.000 de euros millones de gasto público ( $G_p$ ) obtendríamos un aumento del **PIB** de 5.700 millones  $(1-0,6)/(1-0,6+0,3)$  y dejaríamos las arcas del estado intactas porque, recuérdese, estamos suponiendo que ¡todo el aumento del gasto se financia con impuestos! Los neoliberales y la política neoliberal, al intentar que el Estado no intervenga en la economía o que intervenga lo menos posible, están negando la capacidad del gasto público para crear empleo en el conjunto de la economía. Más aún, al obligar a que se igualen contablemente el gasto con los impuestos, aminoran el efecto sobre el empleo del gasto público.

Pero Keynes y el keynesianismo no sólo actúa o tiene un modelo explicativo susceptible de pasar a la política económica en el terreno de los bienes y servicios de la llamada economía real, sino que también tiene un esquema sobre el sistema financiero a través de la demanda de dinero. Esta la hace depender de los tipos de interés previstos o sujetos a expectativas mediante por su *motivo especulativo* y lo que llamó Keynes *la eficiencia marginal del capital*. Para Keynes los empresarios serían capaces de ordenar una serie de proyectos de inversión de diferentes costos de tal forma que “la tasa de rendimiento sobre costo fuera aquella que, usada para medir el valor presente de todos los costes y de todos los rendimientos, igualara ambos” (pág. 129 de la *Teoría General...*). Keynes reconoce que no es nada original en este punto y dice que lo toma de Irving Fisher. Las inversiones estarían sujetas a la comparación de dos tipos de interés diferentes: uno, que llamaríamos de interés real, que ordenarían esos proyectos de inversión en orden decreciente para la toma de decisiones, y otro que serían los tipos de interés monetarios que vendrían dados por los mercados de títulos (Keynes habla del mercado de bonos). Pasinetti, en la obra suya mencionada, lo explica con claridad y dice que “el volumen total de la inversión depende de la rentabilidad esperada y del tipo de interés” (pág. 52). Los empresarios sólo considerarán aquellos proyectos de inversión cuya rentabilidad interna -eficiencia marginal del capital en término keynesianos- superara a los tipos de interés financieros más una prima de riesgo, porque siempre las inversiones están sujetas al menos al riesgo de la incertidumbre. Hay que deducir que lo de teoría general de Keynes se debe a que el inglés fue capaz de conectar el mercado de bienes y servicios que ya hemos visto (propensión al consumo, multiplicador) con los aspectos monetarios y financieros (eficiencia marginal del capital, tipos de interés), pero el modelo keynesiano fue adulterado por sus epígonos, principalmente por Hicks, al establecer un modelo de equilibrio (el famoso modelo IS-LM) entre ambos mercados, equilibrio que rompe la cadena causal. Para Keynes lo monetario incide en el mercado de bienes y servicios y no al revés. Para el modelo keynesiano, versión Hicks, se produce un equilibrio entre variables con una resolución de ecuaciones simultáneas, donde las relaciones causales unidireccionales se rompen. Y este modelo es el que se estudia en las universidades hoy día. Es algo así como decir: no nos queda más remedio que partir de Keynes porque sin él no hay macroeconomía, pero adulterémoslo lo más posible para aliviar su carga revolucionaria. Ocurrió, no obstante, que a finales de los años 70

del siglo pasado con los cuasi-fascistas Thatcher y Reagan en el poder en UK y en USA, los neoliberales ya no podían defender a los privilegiados con el modelo keynesiano, incluso adulterado, y se lanzaron las teorías monetaristas y crearon de las teorías de las expectativas racionales (ver el libro de Noberto E. García, *La crisis de la macroeconomía*, edit. Marcial Pons, 2010); practicaron la desregulación de los mercados –especialmente el financiero– y la potenciación de los derivados, de cuyos barros han traído los lodos de la crisis y de la futura recesión.

Traía a colación lo del mercado monetario porque al establecerse una demanda del dinero keynesiana por un *motivo especulativo* (tenencia de liquidez por si acaso), además de otros motivos, si los gobiernos mantuvieran la oferta de dinero (efectivo en manos del público más los depósitos a la vista en bancos) constante, ante un aumento de la demanda de dinero el modelo anuncia que se producirá un aumento de los tipos de interés al volverse escaso el primero, lo que daría lugar a un encarecimiento de las inversiones y una disminución, en consecuencia, de la producción y el empleo. Eso es lo que ha ocurrido en la U.E. con el empeñamiento del BCE de mantener los tipos de interés más altos que los de la Reserva Federal por miedo a una supuesta futura inflación y que ha costado muchos (quizás millones) puestos de trabajo. Es decir, ni siquiera los aspectos monetarios y financieros derivados de la *Teoría General* han servido como enseñanza para los responsables de los bancos centrales occidentales, especialmente de los del BCE. Uno se pregunta: ¿pero dónde y qué es lo que han estudiado estos dirigentes económicos? De los políticos como Merkel, Sarkozy, Cameron y Rajoy la respuesta es clara: de economía nada, en ningún sitio. Al menos el nuevo responsable del BCE, el Sr. Draghi, ha rectificado en parte, saliendo el banco que preside con una facilidad de préstamo de un billón de euros en dos tandas en menos de 3 meses. Algo parece que se mueve en las mentes de estos neoliberales ante la tozudez de los hechos.

Yo digo que los neoliberales no son economistas, sino meros contables. Ellos no se dan cuenta pero, al igual que el personaje de Moliere, hablan en verso (*en contable*) sin saberlo. Veamos una explicación surgida del propio modelo keynesiano. En éste no ha aparecido el ahorro porque éste es la abstinencia del consumo, es decir, es la identidad contable:

$$(7) \quad \text{Ahorro} = \mathbf{PIB} - \text{Consumo (C)} - \text{Impuestos (T)}$$

Si ahora sustituimos el **PIB** de también la identidad (2) en (7) obtenemos que:

$$(8) \quad \text{Impuestos} + \text{Ahorro} + \text{Importaciones} = \text{Inversiones} + \text{Gasto Público} + \text{Exportaciones}$$

Si trasponemos términos sale:

$$(9) \quad \mathbf{Ahorro} = \mathbf{Inversiones} + (\mathbf{Exportaciones} - \mathbf{Importaciones}) + (\mathbf{Gasto Público} - \mathbf{Impuestos})$$

Y si en (9) se diera por casualidad saldo comercial cero ( $\text{Exportaciones} = \text{Importaciones}$ ) y saldo presupuestario público cero ( $\text{Gasto Público} = \text{Impuestos}$ ), ocurriría que el **Ahorro** sería igual a la **Inversión**, pero no sería una igualdad fruto de un comportamiento, sino que es una mera ¡identidad!, fruto de la definición de ahorro que entraña la ecuación (7). Keynes dedica un capítulo (el sexto) de su libro famoso a intentar aclarar todo esto para resaltar que la demanda efectiva surge de un principio basado en un comportamiento y no en una definición sobre macromagnitudes (cuentas nacionales). Es verdad que el capítulo no resulta muy pedagógico, por ello sus epígonos hablan de inversiones *planeadas* y *no planeadas*, de variación de inventarios, etc., con el fin de aclarar la diferencia entre funciones de comportamientos de meras definiciones o de identidades contables. Los que defienden la necesidad de igual ahorro e inversión o gasto público e impuestos, se agarran a (9) creyendo que es una función que define una necesidad con sus bondades, cuando es una mera identidad.

El keynesianismo no es la panacea universal de todas las situaciones críticas, no es el bálsamo de Fierabrás que todo lo soluciona, pero sí tiene respuesta a situaciones de crisis como la actual, crisis sobrevenida con rapidez –independientemente de sus causas- en los países industrializados. Quizá también para otras situaciones no previstas por el inglés que escribía en los años 30 del siglo XX. Renunciar al instrumento del gasto público sin otra alternativa intelectual solvente y reconociendo que el neoliberalismo practicado - ¡acabar con los déficits a cualquier precio!- nos lleva a la recesión, es

un delito intelectual y supone millones de parados a corto plazo. A largo plazo ya no lo sabe nadie, y menos los neoliberales.

Madrid, 19 de marzo de 2012.